



33º Congreso
Internacional del CIRIEC
Valencia, 13 – 15 junio
de 2022

Nuevas dinámicas mundiales
en la era post-Covid; desafíos para
la economía pública, social
y cooperativa

La Identidad cooperativa vasca y los procesos de desafección: Una perspectiva histórica

Miguel de la Fuente Cosgaya

*Doctorado en cotutela entre la Universidad del País Vasco
y la Université de Bordeaux*



Resumen

El presente trabajo expone los principales avances de una investigación más amplia en torno al cooperativismo vasco. En esta investigación se plantea una propuesta de historiografía para el movimiento cooperativo y se expone la identidad que este ha generado en el territorio. Los últimos cambios sociales y económicos han generado profundas transformaciones en las cooperativas, y hay quien apunta a un nuevo ciclo cooperativo. Este nuevo ciclo se diferencia también por un evidente proceso de desafección identitaria que afecta a los más jóvenes. Las reflexiones de esta publicación se centran en como abordar ese nuevo ciclo y sus implicaciones en la identidad cooperativa.

Palabras clave: Movimiento cooperativo vasco, Historia, Identidad cooperativa, Desafección identitaria.

Keywords: Basque cooperative movement, History, Cooperative Identity, Identity disaffection.

Expanded abstract

Basque cooperative identity and the processes of disaffection: A historical perspective

This paper aims to present the advances of a broader research on Basque cooperatives. In this research is proposed a draft of historiography for the cooperative movement and also is related the identity it has generated in the territory. Recent social and economic changes have generated profound transformations in cooperatives, and there are some voices that point to a new cooperative cycle. This new cycle is also differentiated by an evident process of identity disaffection that affects the youngest members. The reflections in this publication focus on how to approach this new cycle and its implications for the cooperative identity.



1. Introducción

En publicaciones anteriores ya se expuso una primera propuesta sobre la que trabajar una línea historiográfica del cooperativismo vasco (De la Fuente Cosgaya, 2020). La propuesta partía de un análisis multidisciplinar que ha tomado una dimensión más amplia en forma de tesis doctoral. La presente contribución se enmarca como trabajo de síntesis del propio desarrollo de esta investigación, adaptándola a los concretos ejes temáticos del 33º Congreso Internacional del CIRIEC y, más concretamente, a esa nueva realidad de la llamada era post-COVID.

El presente trabajo expone parte de esta investigación mayor que trata de responder a la cuestión de cuál es la función social de las cooperativas vascas. Para ello, se ha realizado un primer borrador de la Historia del cooperativismo en el País Vasco, algo todavía en construcción y debate. Los estudios históricos están acotados a un solo periodo, territorio o tipo de cooperativa e incluso se incluyen dentro de investigaciones más amplias sobre la Economía Social y Solidaria. El estudio de este borrador es importante puesto que existen algunas voces del sector cooperativo vasco que afirman que nos encontramos ante el surgimiento de un nuevo ciclo histórico. Por otro lado, se analizan cuáles han sido las claves de anclaje y exclusión de la identidad cooperativa vasca. En nuestra opinión, este análisis no ha sido abordado de manera completa y ha recibido un tratamiento muy limitado a la antropología y la sociología. Su estudio es también el estudio del cooperativismo vasco, puesto que no hay movimiento sin identidad, pero tampoco sin un discurso ordenado de su historia.

La investigación incluye un análisis bibliográfico y documental de diversas fuentes y un trabajo de campo que está aún en desarrollo. Este trabajo de campo se compone de una serie de entrevistas a miembros de las cooperativas y las instituciones. Desde personas socias de cooperativas, gerentes o presidentas, representantes de las federaciones cooperativas, personas trabajadoras no socias, socios temporales, miembros de universidades, fundadores de cooperativas ya jubilados hasta alcaldes o responsables institucionales. La posición de partida es que la construcción de este relato ha de ser contextual y colectiva y que ha de intentar poner en relieve algunos discursos subalternos que han quedado ocultos por los oficiales, siguiendo a autores como Gayatri Spivak o Antonio Manuel Espanha.

La principal investigación ya publicada (De la Fuente Cosgaya, 2020) concluyó que la principal función social de las cooperativas en el caso vasco es la generación de un trabajo de calidad arraigado en el territorio, pero también la existencia de una función social velada, como es la articulación de una verdadera identidad cooperativa con un largo arraigo histórico.

Comenzaremos exponiendo esta propuesta de borrador de historiografía del movimiento cooperativo en Euskal Herria para posteriormente analizar los cambios en la identidad cooperativa. Por último veremos qué afectación han tenido la pandemia derivada de la COVID-19 en ese proceso de desafección y unas sumarias conclusiones.



1. La secuenciación del cooperativismo vasco: Una primera aproximación

La propuesta histórica está dividida en cuatro ciclos que iremos abordando ordenadamente. Estos ciclos responden a una secuenciación aún en proceso de investigación y puede que sus límites sean todavía algo difusos.

1.1. El cooperativismo de anteguerra

El primer período de esta propuesta de Historia es el que se da entre la constitución de la primera cooperativa en 1884 y el fin de la Guerra Civil Española en 1940, la denominación del mismo es la de cooperativismo de anteguerra. Este primer ciclo es un momento de descubrimiento del cooperativismo en Euskal Herria. La primera cooperativa se funda en Barakaldo en 1884, aunque hay voces que apuntan a cooperativas anteriores a 1870. Se trata de la Sociedad Cooperativa de Obreros de Barakaldo vinculada a los Altos Hornos de dicha ciudad y con un importante apoyo de la empresa. Desde ese momento, se da una verdadera eclosión del cooperativismo, impulsado desde numerosos ámbitos públicos y privados. Sin embargo, hay tres corrientes que destacan notablemente por encima del resto.

- En primer lugar, la Iglesia católica, quien tuvo una función básica de promoción y difusión de la cooperación de crédito en Navarra y el agro vasco. La tarea de algunos sacerdotes, como Antonino Yoldi, provocó la creación de hasta “155 cajas rurales navarras” (Yoldi, 1916, pág. 526) mediante la importación del modelo Raiflessen. Aunque principalmente se impulsaron cooperativa agrícolas y de crédito en núcleos rurales, la Iglesia apoyó también iniciativas urbanas.
- En segundo lugar, el potente socialismo vasco, que promovió un verdadero cooperativismo obrero en Bizkaia, especialmente fuerte en la margen izquierda y los núcleos mineros cercanos a Bilbao. El desarrollo de este cooperativismo fue principalmente de consumo, para ayudar a la clase obrera a obtener mejoras económicas en su día a día. Sin embargo, también se crearían cooperativas de vivienda, llamadas casas baratas y alguna cooperativa de trabajo asociado. Las redes de intercooperación y solidaridad fueron uno de los pilares básicos de esta corriente. La relación entre estas cooperativas y el socialismo fue totalmente orgánica, los beneficios se destinaban al partido, el sindicato o la prensa, se cedían o compartían las sedes sociales y se fomentaban mutuamente como parte de un mismo sistema. El PSOE vasco y, más especialmente, la UGT fueron agentes de la cooperación clave durante este período, pese a las reticencias del socialismo español frente a las cooperativas. Fuera del territorio vizcaíno, Eibar fue el único núcleo donde el socialismo tuvo una verdadera oportunidad de fomentar el cooperativismo, pero también el único donde el cooperativismo de trabajo asociado del sector industrial vio la luz de la mano de Alfa.
- Por último, el cooperativismo promovido por el nacionalismo vasco. El recién creado PNV vio en las cooperativas un modo armonioso de conjugar la cuestión social del orden



social vasco, un tema delicado entre los *jeltzales*. Será, sin duda, el sindicato Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV) la gran fuerza del cooperativismo nacionalista. STV oficializó al cooperativismo como un elemento integral de su programa en el Congreso de Vitoria de 1933. Apoyados en el resto de las organizaciones y, especialmente, en la agrupación de agricultores y ganaderos (*nekazariak*) ENB¹ lograron implementar un cooperativismo agrícola y de consumo potente en el mundo rural de Gipuzkoa y Bizkaia. Este cooperativismo fue más tardío, la primera cooperativa se funda en 1919, pero a diferencia de las socialistas “estas cooperativas estaban abiertas también a socios no solidarios y funcionaban según los principios rochdalianos” (Azurmendi, 1992, pág. 603).

Podemos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que estas tres corrientes de pensamiento fueron las principales, pero no las únicas. Encontramos cooperativas promovidas por empresas, por funcionarios del Estado o, simplemente, por la sociedad vasca en su conjunto. Este ha sido el periodo en el que el cooperativismo ha alcanzado una mayor extensión social, al menos, en el País vasco sur. En el País Vasco francés, se dieron los primeros pasos en la cooperación de la mano del crédito agrícola y las cooperativas agrarias, aunque fue más tardíamente.

Esto se reflejó también en un sistema de representación complejo y diverso que incluía Federaciones, Bancos cooperativos y asociaciones cooperativas (Arrieta, Barandiaran, Mujika, & Rodríguez Ranz, 1998). Pese a estas características tan únicas, este periodo apenas ha sido conectado con el cooperativismo posterior, que evidentemente bebe de estas fuentes.

1.2. El cooperativismo de la necesidad

Con la Guerra Civil Española se produce una verdadera anihilación del movimiento en el País Vasco Sur. La aplicación de una “justicia de los vencedores” fue especialmente dura con las cooperativas que quedaron disueltas por Decreto. No será hasta una nueva Ley de Cooperación de 1942 el momento en que formalmente puedan volver a constituirse cooperativas.

Sin embargo, la situación económica, política y moral no permitiría recuperar un movimiento como el visto hasta entonces. La prohibición de los partidos políticos y la integración corporativista del sindicalismo limitó las posibilidades de estos agentes en el campo del cooperativismo. Tan solo la Iglesia vasca pudo seguir promoviendo las cooperativas, bajo una atenta supervisión y control de la dictadura.

Quizás por esto, surgió desde la más absoluta necesidad en un pueblo relativamente aislado y con una tradición cooperativista limitada a expresiones muy puntuales, el que se convertirá en el mayor ejemplo del cooperativismo vasco para el mundo: las cooperativas de Mondragón. Su promotor, José María Arizmendiarieta, era párroco local y su vocación era la

¹ Siglas de la Federación de Campesinos Vascos, en euskera *Euzko Nekazari Bazkuna*



de una transformación integral de la persona y la comunidad. Su pensamiento fue singular y sui generis pero, en gran manera, bebía del cooperativismo de anteguerra (Azurmendi, 1992, pág. 37). Para él, existen dos bases principales de la dignidad humana: el trabajo y la educación, y con ellos Arizmendiarieta promovió cooperativas de trabajo asociado y una serie de instituciones que son el germen del futuro Grupo Mondragon.

Las cooperativas industriales del valle del Alto Deba no fueron las únicas experiencias de este entorno. Las cooperativas de Mondragon nacen a mediados de los años 50, a la vez que otras experiencias de la provincia o de otros territorios como Bizkaia o Nafarroa. Estas cooperativas, en ocasiones, estaban vinculadas a la Iglesia pero otras nacían de “las necesidades de una sociedad de postguerra. Una sociedad dividida, traumatizada, con necesidades básicas no cubiertas, ideologizada política y religiosamente, en un contexto de mercado autárquico” (Uriarte & Ortega, 2015, pág. 4).

Junto con estas cooperativas industriales, el otro polo cooperativo fue el consumo. En 1958, se obligó por Decreto a crear economatos en empresas de más de 500 trabajadores. En el País Vasco, estos economatos recogieron el legado de las cooperativas de consumo de anteguerra y se constituyeron bajo esta fórmula jurídica en las zonas industriales (que era donde estaban las empresas con más de 500 trabajadores). Estas cooperativas se agruparon en Uniones territoriales (UTEKO) con el objetivo de intercooperar para ser más competitivos. Presentes en los cuatro territorios de Hegoalde, ya a mediados de los años 70, superaban los 100.000 socios (Saéz, 1978, pág. 43) y en casos destacados, como en Bizkaia, la UTEKO contaba con una panificadora propia y una producción de aceite en Sevilla que luego distribuía (Roussell & Albóniga, 1994, pág. 22). EROSKI, representa la culminación de este fenómeno puesto que se fundó en 1969 al agrupar a siete cooperativas de consumo pero integrada en el Grupo Mondragon desde sus inicios. EROSKI abrirá su primera tienda propia en 1971 y curiosamente será en Nafarroa (en Altsasua) (Eroski, s.f.).

Desde entonces, el Grupo Mondragon consolidó su posición y creó potentes estructuras financieras como Lagun Aro y la Caja Laboral, desarrollando más cooperativas y aumentando su número de socios de manera imparable, lo que nos lleva a hablar de otro ciclo histórico.

1.3. Cooperativismo del Bienestar

El avance socioeconómico de las cooperativas y de la sociedad europea en su conjunto nos lleva a hablar de un nuevo ciclo histórico. Son numerosos los hechos que marcan y definen este cambio de ciclo. La apertura de un nuevo momento del pensamiento político desde Mayo del 68, el fin de la dictadura en el Estado español o la muerte de Arizmendiarieta en 1976 son algunos de los más relevantes, aunque no los únicos. Algunas cuestiones políticas ya habían tenido una relevancia importante dentro de las cooperativas, y la situación sociolaboral de las mujeres fue uno de ellos. Las mujeres perdían la condición de socias al casarse, con lo que tenían que dejar de trabajar. Tras numerosas quejas, la cooperativa ULARCO decidió abrir una comisión para analizar la cuestión. Una comisión en la que Arizmendiarieta estuvo



presente. La comisión decidió eliminar estos obstáculos y hacerlo de la misma manera en todas las cooperativas del Grupo. Fruto de estas reivindicaciones feministas, se creó en 1968, *Auzolagun*, una cooperativa exclusiva de mujeres que fue el resultado de la agencia de estas, y anunciaba cambios en el cooperativismo.

Pero es que en estas décadas había habido más cambios sociales. En algunas zonas del País Vasco y Navarra se habían creado universos paralelos al régimen denominados “comunidad moral vasca” y cuyos elementos “eran las Ikastolas, las fiestas, el renacer cultural y las cooperativas de Mondragón” (Heiberg, 1989, pág. 225). En estas comunidades, el papel del nacionalismo vasco era primordial ya que este había visto que el “cooperativismo era el modelo de producción nacionalista vasco” (Heiberg, 1989, pág. 225). El nacionalismo vasco retomaba así el papel que había tenido este movimiento en el primer ciclo, pero con una diferencia notable: la existencia de un nacionalismo de izquierda radical que tenía una implementación mayor en el interior durante los años del exilio del PNV.

Los debates entre el PNV y la *ezkerra abertzale* tuvieron un reflejo directo en las cooperativas. En ULGOR (que después será FAGOR), primera cooperativa del grupo, se convocó una huelga en 1974 que tras demandas laborales escondía una verdadera lucha de poder entre ambos nacionalismos. Las promotoras de la huelga fueron expulsadas de la cooperativa y este fue un verdadero punto de inflexión en la pugna entre ambos nacionalismos (Kasmir, 1999), aunque desde Mondragón siempre se ha restado importancia a esta huelga². La movilización durante la Huelga fue máxima, puesto que algunas facciones abertzales criticaban ya las cooperativas públicamente desde 1965. Se llegó a decir que “el cooperativismo es rechazado en su totalidad como MÉTODO y como SISTEMA” (Azurmendi, 1992, pág. 626). Arizmendiarieta sostuvo un debate importante con estas facciones y, a su vez, se promovieron cambios societarios como la limitación del número de socios.

Pero no solo el contexto político produjo cambios en Mondragón. La situación socioeconómica de la Comunidad Autónoma del País Vasco (CAPV) empezó a ser de un gran crecimiento sostenido y de un crecimiento demográfico nunca antes visto entre los años 50 y 80. Sin embargo, la reconversión industrial y las altas tasas de paro provocaron no pocas dificultades en grandes masas de población. Las cooperativas, algo ajenas a estas dinámicas, tuvieron que adaptarse rápidamente para responder al mercado. Los mecanismos de intercooperación como las reubicaciones o la captación del ahorro mediante las entidades financieras fueron claves para situar al Grupo en una posición de mercado inmejorable a finales de siglo. La salida de las crisis de los años 90 y la entrada en el mercado europeo catapultaron al Grupo Mondragón, pero lo hicieron en base a cambios profundos en la estructura del mismo.

² La obra de Altuna sobre la historia del Grupo Mondragón, una de las pocas que habla desde dentro de esta historia, dice al respecto que “la huelga de 1974 no tuvo relevancia en sí misma” sino por los debates “que tendrán lugar antes y después de la huelga y que estarán contenidas en esta” (2008, pág. 139).



Quizás, el más destacado por la Academia ha sido la internacionalización del Grupo Mondragon, que se inició en China en 1995. Sin embargo, creemos que este no fue el más determinante. Sí lo fue la transformación de las Divisiones comarcales, que agrupaban por razón del territorio, a Divisiones sectoriales que agrupaban según la actividad. Algunas cooperativas se resistieron a esta transformación y otras decidieron mantener las dos escalas de agrupación. A su vez, durante este tiempo, Mondragon decide recuperar y cooperativizar algunas empresas en Nafarroa que estaban en quiebra, integrándolas dentro del Grupo. Estas recuperaciones de empresas fueron puntuales pero exitosas.

Algo verdaderamente determinante fueron los cambios en las escalas salariales tradicionalmente limitadas a 1:3 y que pasaron a ser de 1:6. Ello, junto con la introducción de nuevos sistemas de organización laboral, el aumento de mano de obra temporal o las mencionadas filiales provocaron cambios profundos en la dinámica de relaciones laborales dentro de las cooperativas. Lo cierto es que se dejaba atrás la idea de cooperativas medianas y se entraba en otras escalas. Se pasó de 19.669 personas empleadas en 1986 a más de 60.000 en 2001 (Altuna, 2008, pág. 162). El Congreso de 1991, cambia la denominación del Grupo para pasar a ser Mondragón Corporación Cooperativa, un hecho simbólico que consideramos el inicio del fin de este ciclo del Bienestar.

En este ciclo, y siguiendo la tesis de Arizmendiarieta, se duplicó también la apuesta por la educación, puesto que a finales de los años 70 se fundó Mondragon Unibertsitatea, universidad cooperativa única en sus características y se promovió las *ikastolas*. Las *ikastolas* son cooperativas de enseñanza que se distinguían por una enseñanza vehicular en *euskera*. Su implantación, aunque desigual, es en los siete territorios de Euskal Herria y las cooperativas de Mondragon tuvieron una importancia clave para su impulso y financiación.

1.3.1. El Cooperativismo identitario: La versión de Iparralde

El éxito económico de Mondragon, el debate en el seno del nacionalismo y la difusión de los postulados del anticolonialismo propició un clima adecuado para replicar el modelo en el País Vasco francés o Iparralde. Serían también sacerdotes junto con jóvenes ingenieros y grupos de Acción Católica los que ayudaron a difundir el cooperativismo en el territorio del norte desde mediados de los años 60. La crisis de los años 70 permitió pensar el cooperativismo y la economía social como “el brazo económico de una movilización política más grande a nivel social” (Itçaina, 2010, pág. 75). Pese a que el cooperativismo agrícola del primer ciclo estaba ya presente en el territorio, en 1975 se creó la primera cooperativa de trabajo asociado (SCOP en francés por las siglas de *Société coopérative ouvrière de production*) bajo el nombre de Copelec. Le siguieron otras muchas ligadas a la agricultura, las telecomunicaciones o los servicios financieros. Hemen y Herrikoa, una asociación y una sociedad de capital riesgo, serán claves para el movimiento al promover y financiar el cooperativismo como una alternativa vital para los jóvenes de un mundo rural que se desvanecía en detrimento de las ciudades de la costa (Baiona, Angelu y Biarritz especialmente).



Con la ayuda técnica y la formación de Mondragon se conforma un verdadero movimiento cooperativo local, a veces, incluso hasta financiado desde el sur. Las ikastolas de Iparralde son un buen ejemplo de ello, o incluso la creación de “una asociación transfronteriza *Hezkuntek* destinada a la promoción de la enseñanza técnica y la circulación de estudiantes vasco-franceses hacia las escuelas politécnicas del País vasco español” (Itçaina, 2007, pág. 11). Sin embargo, lo verdaderamente único y singular de este movimiento, en radical oposición a sus homólogos franceses, es que “la experiencia cooperativa se piensa entonces en movimiento, con un anclaje territorial declarado” y, a su vez que “este registro de acción colectiva que asocia el apego a una identidad territorial y a los referentes de la economía social genera una economía identitaria aunque no se autodenominase así” (Itçaina, 2005, págs. 10-12). Este cooperativismo identitario representó un momento único de la Historia cooperativa vasca puesto que se trató de replicar un verdadero “espíritu de Mondragon miniaturizado” (Hemen Elkartea, s.f.), algo inédito hasta entonces.

En el País Vasco Frances, el tejido económico no alcanzó las cotas de desarrollo económico del Sur. Así, este movimiento específico regional, se convirtió a partir de los años 90 en otro tipo de experiencias y dinámicas solidarias como las microfinanzas o la moneda social (el *Eusko*), el comercio justo, el asociacionismo lingüístico y cultural o la agroecología. Por otro lado, “los partidos políticos nacionalistas, que habían hecho de la autogestión el corazón de su doctrina económica en los años 1970-1980” de esta forma se abandonó el cooperativismo como principal figura y “evolucionaron hacia una referencialidad económica más abierta valorando las experiencias de la economía social y solidaria” (Itçaina, 2007, pág. 13). Este cooperativismo identitario ha sido poco tratado, pero es fundamental para entender algunas de las nuevas dinámicas del movimiento, cuyos antecedentes viene claramente inspirados por este periodo de transición entre ciclos.

La transformación del Grupo Mondragon en Corporación internacional, anclado hasta entonces en una dinámica de cooperativas territorializadas en sus comarcas, no es el único hecho que da pie a pensar en este cambio de ciclo. Las organizaciones representativas de las cooperativas consolidan durante este ciclo su posición en el entramado institucional. Por un lado, en 1982, se constituye ANEL en Nafarroa para agrupar a las cooperativas y sociedades laborales. En 1987, recogiendo la herencia de la Federación Católica Social, nace la Unión de Cooperativas Agroalimentarias de Navarra (UCAN) y ,a finales de los 80, se crean “las primeras federaciones sectoriales de empresas cooperativas” (KONFEKOOP, 2022) en la CAPV. Con la Ley de Cooperativas de Euskadi de 1982 se crea el Consejo Superior de Cooperativas que agrupa a representantes de las cooperativas y del Gobierno como “máximo órgano de gobierno y representación” de estas (art. 70 de la Ley 1/1982 de la CAPV). Después, se unirán las Universidades de dichos territorios al Consejo Superior. En todo caso, fruto de estas estructuras las federaciones de la Autonomía vasca se agrupan en una entidad superior denominada KONFEKOOP, que culmina su proceso de integración en 2020. En el



caso de Iparralde, esto se dará mediante la imbricación entre las estructuras de desarrollo local y económico impulsadas en los años 80 y las redes de la Economía Social y Solidaria vinculadas a ese cooperativismo identitario. Los pioneros cooperativistas participaron en el primer *Conseil de développement du Pays Basque* (Itçaina, 2010, pág. 81) y las estructuras de fomento de la lengua (*Office public de la langue basque*) y la *Chambre de développement rural et agricole – Euskal Herriko Laborantza Ganbara* fueron asumidas como necesarias por los militantes nacionalistas y, por tanto, vinculadas directamente al desarrollo del cooperativismo. Más allá de estas estructuras el cooperativismo no ha tenido una federación propia, aunque sí estructuras de la ESS donde se recogía esta representación.

1.4. ¿Un nuevo ciclo cooperativo?

No son pocas las voces que han hablado de un cambio de ciclo en el seno del cooperativismo de Mondragon³. Desde la Experiencia de Mondragon se asume este nuevo ciclo, sitúan sus inicios en los años 2000 y su zenit en la caída de Fagor Electrodomésticos en 2013. La caída de Fagor ha sido sin duda el hecho más traumático en la reciente historia del cooperativismo vasco. La primera cooperativa del grupo, que en tantas ocasiones ayudó al resto, no podía hacer frente a una situación económica mala y pese a las aportaciones del Grupo tuvo que cerrar. Esto provocó un verdadero trauma colectivo en Mondragon pese a que ha servido para replantear ciertas premisas inamovibles. Para ellos, el legado de Fagor ha de ser el de un “cooperativismo más autoexigente (...) imprescindible para encarar los desafíos económicos, sociales y humanos que enfrentan nuestras cooperativas y sociedades en este nuevo ciclo histórico” Para MCC este nuevo ciclo histórico ha de ser el del cooperativismo de la “autoexigencia y de la corresponsabilidad” (Uriarte & Ortega, 2015, págs. 4-5).

Sin embargo, hay opiniones que difieren de esta visión y que consideran que el nuevo ciclo no puede venir dado por dinámicas continuistas. Así “la tarea mayor de transformación social requiere estrategias y alianzas que lleven a los cooperativistas y activistas a tomar un papel en un movimiento más amplio por el bienestar social, a escala local y global” (Kasmir, 2002, pág. 57). Esta perspectiva de la antropóloga Kasmir, más activista, no ha resonado en las cooperativas del valle del Deba, aunque sí parece coincidir con otros sectores. Y es que recientemente ha surgido un nuevo grupo de cooperativas que asume un posicionamiento más político, *ekintzaile*⁴ y con miras a un despliegue territorial completo. Se trata de Olatukoop, asociación nacida en 2014, de la agrupación de cooperativas en base a unos

³ Ya al analizar la huelga general de 1994, Sharryn Kasmir apuntaba al “activismo y la solidaridad con el resto del movimiento obrero” con nuevas dinámicas de participación con los trabajadores y los sindicatos que lleven a Mondragon a “un nuevo modelo” (Kasmir, 1999, pág. 118).

⁴ Olatukoop utiliza la palabra *ekintzale* en su doble acepción de emprendedor y activista. Se denominan indistintamente *Ekonomia sozial berria eta ekintzailetasun* (Economía Social y Ekintzale) como *Ekonomia sozial eta eraldatzailearen* (Economía Social y Transformadora) aunque en castellano solo utilizan la segunda traducción.



principios abiertos (*Oinarri Irekiak*) y un posicionamiento más concreto⁵. Compuesta de algo más de 60 cooperativas, aglutina entidades de todos los territorios de Euskal Herria. Actualmente, Olatukoop tiene un papel activo en los nuevos dispositivos de promoción y fomento del cooperativismo y en el desarrollo local de proyectos diversos, en lo que denominan “ecosistemas territoriales de emprendimiento”. Estos ecosistemas son generados en colaboración con el tejido institucional y algunas universidades (entre las que se encuentra la de Mondragón) y dispone también de un programa de apoyo al emprendimiento denominado KoopFabrika.

Olatukoop crítica lo que consideran una preferencia territorial, incluso comarcal, del cooperativismo hegemónico. Por eso apuesta por la creación de estos ecosistemas transformadores en todos los territorios de Euskal Herria y, especialmente, en aquellos en los que el desarrollo económico se ha visto más limitado o deteriorado como La Sakana, el Pirineo de Nafarroa, Enkarterri o Buruntzaldea. Sin duda, el proyecto más ambicioso de Olatukoop es el desarrollo de un programa transfronterizo entre agentes cooperativos de ambos lados de la *muga*. Se trata de Translanekin, un proyecto con un financiamiento europeo que cuenta con agentes en todos los territorios⁶. Otra de las diferencias con el movimiento cooperativo anterior es que la implementación de un desarrollo sostenible y vivible ha de hacerse de la mano de los sindicatos y trabajan con ellos, al menos, con ELA y LAB.

Mondragón plantea un escenario diferente. Para ellos, las estrategias a futuro pasan por una colaboración económica público-cooperativa. El proyecto Debagoiena 2030 es quizás el referente más inmediato de esa política. Se trata de una “red de desarrollo sostenible” que ofrezca respuestas a los retos del siglo XXI mediante “el empoderamiento de la comunidad y la articulación de un ecosistema abierto de innovación basado en la cooperación” (Debagoiena 2030, 2020, págs. 3-4). Sin embargo, en esta gran iniciativa el cooperativismo no desempeña un papel fundamental puesto que se trata de la creación de redes institucionales y economía circular, como así lo atestigua el proyecto. Y es que desde el gran grupo de Arrasate se plantean sin ambigüedades esa preferencia territorial puesto que se trata de consolidar lo creado “pero no estar buscando un crecimiento exponencial en el que exista una sociedad vasca cooperativizada” como nos transmitió el presidente de una cooperativa.

Olatukoop viene a cumplir aquella máxima de que la Economía Solidaria es una “nueva economía social” (Gámez & Rodríguez, 2016, pág. 4). Ellos tienen claro que “nosotros no somos una tercera vía, pero no...no estamos ni en Mondragón ni en REAS. Políticamente igual estamos más cerca de los que tienen visión política en REAS, pero de estructura y de

⁵ “Lógica de recursos comunes, Autogestión de los integrantes, Promover la solidaridad personal y comunitaria y Sostenibilidad y bien común. Esto se articula en torno a cuatro Líneas de acción o de trabajo —*Lan-ildoak*— que incluyen la Memoria cooperativa de Euskal Herria, Programas de emprendizaje cooperativo —*Ekintzaitetza sozial eta kooperatiboa*—, Intercooperación y mutualismo y, por último, el de lograr una Economía que esté al servicio de la vida —*bizigarritasuna*—.” (De la Fuente Cosgaya, 2020, p. 150)

⁶ Más información en <https://www.translanekin.eu/>



cómo tendría que ser un cooperativismo fuerte, con Mondragón”. La joven agrupación sigue creciendo y, aunque es pequeña, plantea un interesante escenario dialectico a Mondragon y al cooperativismo más “clásico”, porque pone en solfa ciertos planteamientos monolíticos. Por ejemplo, mientras que Mondragon está muy alejado de los sindicatos, Olatukoop plantea un trabajo abierto con ellos, algo insólito desde el cooperativismo de anteguerra. El presidente de una cooperativa nos afirmó que “sindicato y cooperativa no se llevan bien porque en la cooperativa no existe ese dueño y trabajador porque el socio es socio y es trabajador pero también es dueño”. Las instituciones representativas están en esta misma posición, al considerar que “no tienen espacio”, como nos reconoció un representante público.

Es necesario seguir atentos a estos procesos para poder asegurarnos de que se ha fraguado un nuevo ciclo cooperativo. Los datos de creaciones de cooperativas son alentadores, pero marcan una tendencia muy clara: la creación de cooperativas se da en entornos urbanos y dentro del sector servicios aunque se mantiene el cooperativismo de trabajo asociado como el tipo de cooperativa más común. Además, estas nuevas cooperativas, de menos miembros, no suelen federarse (encontramos tan solo un 36% de las cooperativas federadas en la CAPV, un 47% en la Comunidad Foral de Navarra y un 40% en el País Vasco Francés según los datos de los que se dispone, que no son excesivamente detallados).

En definitiva, el cooperativismo industrial se consolida y resiste las crisis, también la derivada de la pandemia de la COVID-19, pero no tiene voluntad de replicarse. Mientras tanto, nuevas iniciativas, alineadas con los paradigmas de la ESS, van ocupando terreno discursivo en un campo con bajas tasas de federación y agrupación. Este hecho singular, la falta de redes de intercooperación sólidas y potentes, parece apuntar a este cambio de ciclo.

2. El empleo como gran función social: La identidad cooperativa a debate

El cooperativismo es y ha sido una herramienta fundamental para la solución de necesidades humanas y sociales. En Euskal Herria el cooperativismo ha tenido una labor histórica muy concreta, la de generar trabajo de calidad. Aunque han existido y existen cooperativas de consumo, de crédito o mutualidades, el cooperativismo vasco se ha diferenciado de la ESS de otros entornos⁷ precisamente por su capacidad de generar empleo en amplias capas de la sociedad. Mondragon ha sido el gran representante de esta función social pero no el único, desde los inicios del movimiento en el siglo XIX, la cooperación ha sido el instrumento adecuado para asegurar el empleo de calidad y arraigado en el territorio. Los propios

⁷ Esto es aplicable en *Hegoalde* pero también al País Vasco Francés, donde “el objetivo principal de las cooperativas que se crean desde los 70 es claro: garantizar el empleo y el trabajo en el país. Una función que contrasta con la dimensión social de inserción de los desempleados que asumen la mayor parte de las experiencias francesas” (Ahedo, 2006, pág. 448).



cooperativistas de Mondragon y de Olatukoop reconocen esa función social y la distribución de riqueza que ello ha generado.

En el desarrollo de la investigación hemos notado la existencia de una segunda función social velada, que tiene un valor también radicalmente transformador, y es que las cooperativas han generado una sólida identidad cooperativa arraigada al territorio. Defendemos la existencia de esta identidad, como algo fundamental en la historia de las cooperativas vascas. Los hechos diferenciales y característicos vienen dados por el carácter dual de la identidad cooperativa. Dual en tanto que está compuesta por una identidad profesional, la del socio, normalmente socio trabajador de una CTA, y una identidad territorial, asociada a la identidad vasca o vasquitud. Esta doble composición genera un doble juego de inclusión-exclusión que ha delimitado quién era parte de la cooperativa en tanto que comunidad.

Por un lado, en lo que atañe a la identidad cooperativa como identidad profesional, los socios expresan su pertenencia a “las cooperativas” o “al mundo cooperativo” y lo hacen de una manera abstracta, reconociéndose como socios de las cooperativas por encima de una pertenencia particular a su cooperativa o al Grupo Mondragon. Esta identidad, aunque algo limitada a los socios de trabajo (y no a los socios de cooperativas de consumo, crédito, etc.), tiene un claro anclaje territorial, más concretamente al pueblo o comarca de la cooperativa, que los socios expresan de manera genérica como “lo de aquí” o “el entorno”.

Por otro lado, este sentimiento de pertenencia y de identidad se mantiene aunque los socios estén fuera de las cooperativas por estar ya jubilados o en excedencia. Como ejemplo, un cargo público en excedencia nos decía que seguía participando de los actos y eventos de la cooperativa ya que “era socia”.

Este triple vínculo entre Socio-Cooperativa-Territorio, ya teorizado por Arizmendiarieta, se ve en muchas manifestaciones como la destinación de los excedentes a proyectos de los pueblos donde se originaron las cooperativas (incluso cuando las cooperativas se trasladan a otros municipios) o incluso en la denominación del propio Grupo Mondragon. Quizás la expresión más fundamental de este anclaje territorial es la existencia de los Grupos Comarcales que surgieron dentro de Mondragon y cuya transformación en Divisiones Sectoriales provocó tantas resistencias, como en ULMA o en FAGOR –que decidió mantener la división territorial y sectorial-.

En esta comunidad el otro anclaje es el sistema de derechos y obligaciones basados en la mutua confianza que existe en el seno de las cooperativas. En general, los socios de trabajo expresan su confianza en la dirección y la gestión y las personas con responsabilidades directivas no ponen en cuestión el buen hacer de las personas “de la fábrica”. Existen además numerosos espacios donde se igualan estas diferencias, como en un plano teórico son las Asambleas aunque luego se vota “lo que nos dicen” o los comedores, donde muchas veces tienen la obligación de sentarse en mesas con personal de diferentes ámbitos para que se interactúe de manera transversal.



En lo que concierne a su carácter territorial, más allá de ese arraigo localista, es evidente que hay una relación con la identidad vasca, también llamada vasquitud o *euskaltasuna*. La existencia de una primera antropología clásica aportó un conjunto de investigaciones sobre “lo vasco” como la recogida de la tradición oral y del mundo cultural y costumbrario. Las bases de dicha antropología fueron utilizadas para la construcción de un imaginario colectivo, hoy criticado por esencialista, no solo por su mirada exclusivamente androcéntrica sino por lo reduccionista de un modelo centrado en el caserío y el valle o el pueblo pesquero tradicional. Este discurso ha tenido su resonancia en la investigación sobre las cooperativas, y la referencia al *Auzolan*⁸ o a este imaginario es casi constante, como en (Altuna, 2008, pág. 90), (Lertxundi, 2002, pág. 51) o (Kasmir, 1999), pese a que su vinculación con la existencia de cooperativas no es causal. Hoy, creemos adecuado complejizar esa relación y aplicar esos primeros postulados a los tiempos de hoy. En ese caso, sabemos que

“las identidades nunca se unifican y, en los tiempos de la modernidad tardía, están cada vez más fragmentadas y fracturadas; nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzados y antagónicos” (Hall, 1996, pág. 17).

Esto aplicado a una moderna identidad vasca nos llevaría a pensar en el desarrollo urbano, los cambios políticos y religiosos, los fenómenos migratorios, la incorporación de la mujer al trabajo asalariado y la problematización del cuidado o el problema medioambiental, entre otros. Así, pensamos entonces en una identidad abierta y posicional que no nos hable de qué es “lo vasco” como una categoría estanca sino que nos permita un análisis consecuente con estos cambios sociales y geográficos ocurridos en Euskal Herria. Esta identidad vasca tiene muchos más ejes de construcción y ninguno lo es de manera estático. El *euskera*, como lengua común, puede actuar como verdadero vertebrador de la misma. Paradojalmente, es uno de los lugares comunes de los entrevistados, no solo en reconocimiento de la labor del movimiento cooperativo por la normalización y fomento del *euskera*, sino como un elemento intrínseco al propio desarrollo social. Esta vinculación es más reconocida y compartida que las referencias al *auzolan* y, sin embargo, es mucho menos referenciada por la doctrina académica. Este carácter territorial de la identidad cooperativa ha de leerse por tanto como un arraigo localista pero también como un sentir de pertenencia a una comunidad mayor a la de la propia cooperativa. Siguiendo de nuevo a Arizmendiarieta, la concepción sobre este vínculo es que este “no se agota en la fábrica: también son comunidad el pueblo, la nación y, en definitiva, toda la humanidad” (Altuna, 2008, págs. 43-44).

⁸ El Auzolan es el trabajo comunal definido como la “prestación vecinal gratuita en beneficio público. Es una forma antiquísima de trabajo en común que tiene su equivalente en multitud de sociedades” (Estornés & Garmendia, 2020).



2.1. La desafección identitaria: los matices a la función social

Sin embargo, existen ciertos matices a esa función social. Al ser preguntado sobre cuál era la función social, un socio nos contestó que podía explicar “mi visión o lo que nos venden como cooperativa”. La existencia de trabajadores/as no socios/as, empleados de subcontratas o personal laboral de las filiales quedan excluidos de esa comunidad cooperativa, son “los otros cooperativos”. Los socios expresan de una u otra manera que estos no pertenecen a la cooperativa como comunidad, por ejemplo algunos llaman “matxacas” a los trabajadores eventuales que realizan las tareas más duras, y otros tienen claro que existen eventuales puesto que “los trabajos más duros están subcontratados”. Con la existencia de las filiales sucede lo mismo, ya que los socios o no tienen relación, o reconocen que sus condiciones no son las mismas que en las matrices, aunque “se intenta que sea... más o menos justo para el país donde viven”. En general, se refieren a estas contradicciones con la idea teórica de una cooperativa como “hipocresía”, pero también asumen que su existencia como elementos necesarios para mantener el empleo en el territorio, como algo necesario para la función social.

En este sentido, “todas las identidades actúan por medio de la exclusión, a través de la construcción discursiva de un afuera constitutivo y la producción de sujetos abyectos y marginados” (Butler, 1990, pág. 22) en (Hall, 1996, pág. 35). El afuera constitutivo de la identidad cooperativa son esos sujetos que no se benefician de la función social, las personas que no son socias, personas que no forman parte de la estructura laboral de la cooperativa y que en muchas ocasiones ven a las cooperativas sin diferencia con otras empresas y en ocasiones sindicatos también como en una empresa.

Estos matices han afectado también a la identidad cooperativa que se ha venido erosionando en lo que denominaremos desafección identitaria. Esta desafección es transmitida por las personas entrevistadas de manera clara e inequívoca al hablar de “otra sociedad”, “culturas muy distintas” o “cambio generacional”. Mientras los socios más veteranos transmiten un compromiso total con la cooperativa y con lo que esta representaba, estos mismos suelen quejarse de que los jóvenes han vivido una situación diferente y no aprecian ese compromiso. El gerente de una cooperativa navarra nos dijo a modo de resumen que su generación era “qué puedo hacer yo por la sociedad, y los nuevos es qué puede hacer la sociedad por mí”. En general se achaca a un nuevo individualismo, aunque quizás la clave es hablar de compromiso. Bauman ya apuntó que “la principal angustia relacionada con la identidad de los tiempos modernos era la preocupación por la perdurabilidad; hoy es el interés en evitar el compromiso” (1996, p. 41). Los propios jóvenes son conscientes, y lo expresan en términos similares. Un joven socio de Arrasate decía que ya “tampoco vemos el cooperativismo de antes, de que como mi abuelo que bajaba del caserío, trabajaba 16 horas y venga tiro por la cooperativa, y conozco al jefe y soy amigo suyo...”

Este proceso de desafección ha sido tratado exclusivamente como un hecho generacional y desde el cooperativismo de Mondragón ha sido paliado con medidas para la “transmisión cooperativa” y “la captación de talento”. Sin embargo, en el conjunto de saberes y experiencias



acumuladas por los miembros de las cooperativas, no solo se inserta un conocimiento vital, sino también la identidad cooperativa. Todo el conjunto de políticas surgidas desde las cooperativas, e incluso de los poderes públicos, destinadas a la transmisión de estas experiencias o al relevo de trabajadores no debe enfocarse exclusivamente a un *savoir faire* experiencial sino a la transmisión de la propia identidad. La dificultad radica en que los fundamentos de esa identidad no son los mismos, puesto que «la identidad bien construida y duradera deja de ser un activo para convertirse en un pasivo» (Bauman, 1996, pág. 51). Y si antes el compromiso absoluto con el trabajo era el fundamento individual de esa identidad, ahora quizás deba encontrarse nuevos puentes que sirvan para que la comunidad cooperativa no se agriete ni se erosione. En Euskal Herria hay cierta preocupación al respecto pero parte de una posible solución pasa por una reformulación de ciertas políticas laborales dentro de las grandes cooperativas y por cambios discursivos de calado. Respecto al primer aspecto, igualar en derechos y condiciones a “los otros cooperativos” puede reducir la distancia entre los socios y su “afuera constitutivo” logrando fortalecer los vínculos existentes. Respecto al aspecto discursivo, la presidenta de una cooperativa del Grupo, algo más joven que sus homólogos, nos dijo abiertamente una frase que sintetiza bien esto,

“siempre he creído que lo de Mondragón también necesita una transformación. Ya que ahora mismo las frases de Arizmendiarieta, y la sotana, necesita adecuarse a día de hoy, porque en la época de Arizmendiarieta las iglesias estaban llenas y hoy en día están vacías”.

Y es que algo indudable, es que este nuevo ciclo que parece alumbrarse parte de un contexto radicalmente diferente. Ya no son grandes movimientos sociales o políticos los que mueven a la creación de cooperativas, tampoco lo es la necesidad laboral de pueblos y comarcas enteros. Los nuevos paradigmas económicos no ven en la cooperativa una herramienta exclusiva para abordar los retos sociales, y son estas las que han de posicionarse como soluciones aptas para las necesidades sociales. Replantearse las exigencias colectivas y adaptarse a un cooperativismo “líquido” y cambiante puede ser uno de los retos para superar esta desafección. Coincidimos con Bauman cuando decía que “La modernidad construía en acero y hormigón; la posmodernidad construye en plástico biodegradable” (Bauman, 1996, pág. 41). Por ello, el cooperativismo de este nuevo ciclo ha de adaptarse a esta nueva realidad y ha de hacerlo de una manera urgente.

3. Reflexiones finales

Las estrategias del cooperativismo para posicionarse en una transformación social efectiva se sitúan en perspectivas diversas. Por un lado, el gran cooperativismo industrial se encuentra en una dinámica clara de financiación finalista a iniciativas muy diversas como causas sociales, de fomento del euskera o deportivas. Lo anterior, también lo hace ese cooperativismo “clásico” del segundo y tercer ciclo que aún funcionan, como las cooperativas agrícolas de la ribera navarra o el cooperativismo de consumo hegemónico. En el Grupo Mondragon, desde las estructuras superiores de intercooperación hay una apuesta decidida



por una estrategia a largo plazo como es, por ejemplo, Debagoiena 2030, que plantea soluciones locales a retos de gran escala. Desde el cooperativismo alternativo de Olatukoop, aún en consolidación, se parte de experiencias más puntuales pero con una clara mirada territorial y social, un posicionamiento que se sitúa en el paradigma de la Economía Social y Solidaria, tanto por la hibridación de estructuras sociales, la utilización de recursos públicos y cooperativos, como por la apuesta por la gobernanza democrática, local y multinivel. El resto de las cooperativas, mayoritariamente ni federadas ni representadas institucionalmente, son cooperativas de tamaño diverso, aunque la tendencia de las recién creadas es clara: cooperativas más pequeñas, que en algunos territorios han pasado a denominarse microcooperativas. Estas últimas, han sido las más afectadas por la pandemia, puesto que los mecanismos de intercooperación eran más débiles o inexistentes.

Tal como hemos relatado, la identidad cooperativa puede verse gravemente afectada si no se aplican recetas adecuadas para que las nuevas generaciones entiendan el potencial de las cooperativas en la transformación social, en la que ha sido la función social del cooperativismo en Euskal Herria. El diálogo entre el Grupo Mondragon, las entidades representativas, las instituciones y el nuevo cooperativismo de Olatukoop es necesario, sino imprescindible, para encontrar soluciones a estos procesos de erosión identitaria, y quizás aún hay pocos espacios para este debate. Ampliar la comunidad beneficiada de la sociedad de la función social es quizás otra de esas soluciones, generando un nuevo marco de relaciones laborales en las matrices cooperativas y en las filiales. La generación de empleo de calidad arraigado al territorio ha sido el hilo conductor de la historia del cooperativismo vasco. Transmitir la historia del cooperativismo vasco como algo vivo, presente y eficaz es fundamental, pero para construir este “relato” ha de hacerse de una manera acordada entre todos los agentes implicados. Esta propuesta que se seguirá desarrollando en forma de tesis parte de que tratar este asunto es primordial para luchar contra esa desafección.

El cooperativismo no es un remedio universal, si bien es una solución local que ha de adaptarse al contexto en el que se inscribe. En Euskal Herria, el movimiento cooperativo ha conseguido hacer su aportación y consolidarla como una apuesta clave. Parece que la pandemia de la COVID-19 y la subsecuentes crisis han tenido una afectación desigual en cada entidad pero que no han provocado situaciones tan traumáticas como lo fue la caída de Fagor. Caer en un discurso autosuficiente de la situación puede hacer peligrar cambios profundos en estructuras como las del Grupo Mondragon, pero parece que hay lugar para esas transformaciones. En definitiva, atender a este nuevo ciclo del cooperativismo y los efectos que tendrá para la identidad cooperativa, así como su vinculación con las transformaciones sociales, económicas y políticas que nos deja el escenario post-pandemia es quizás uno de los retos más interesantes para el movimiento cooperativo y para nuevas investigaciones académicas.



4. Bibliografía

- Ahedo, I. (2006). El viaje de la identidad y el nacionalismo vasco en Iparralde (1789-2005) (Vol. II). Vitoria-Gasteiz: Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia/ Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Altuna, L. G. (2008). La experiencia cooperativa de Mondragon. Una síntesis general. Eskoriatza: Lanki, Instituto de Estudios Cooperativos.
- Arrieta, L., Barandiaran, M., Mujika, A., & Rodríguez Ranz, J. (1998). El movimiento cooperativo en Euskadi: 1884-1938. Fundación Sabino Arana Kultur Elkarroa.
- Azurmendi, J. (1992). El Hombre Cooperativo. Pensamiento de Arizmendiarieta . Olatorra: Azatza, S.A. .
- Bauman, Z. (1996). De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad. En S. Hall, & P. du Gay, Cuestiones de identidad cultural (págs. 40-68). Buenos Aires: Amorrortu.
- Butler, J. (1990). Gender Trouble. London: Routledge.
- De la Fuente Cosgaya, M. (2020). La Función Social de las Cooperativas Vascas. GIZAEKOA - Revista Vasca de Economía Social, 131-180.
- Debagoiena 2030. (Abril de 2020). Relato principal de la Iniciativa Debagoiena 2030. Garapen Iraunkorrerako Sarea. Arrasate.
- Eroski. (s.f.). Cronología. Obtenido de <https://corporativo.eroski.es/cronologia/>
- Estornés, I., & Garmendia, J. (2020). Auzolan. *Enciclopedia Auñamendi [en línea]*. Recuperado el 17 de Abril de 2020, de <http://aunamendi.eusko-ikaskuntza.eus/es/auzolan/ar-16620/>
- Gámez, D., & Rodríguez, E. (6 de Julio de 2016). Más allá del cooperativismo, más allá de la economía social. Periódico Diagonal. Obtenido de <https://www.diagonalperiodico.net/blogs/funda/mas-alla-del-cooperativismo-mas-alla-la-economia-social.html>
- Hall, S. (1996). Introducción: ¿quién necesita «identidad»? En S. Hall, & P. du Gay, Cuestiones de identidad cultural (págs. 13-39). Buenos Aires: Amorrortu.
- Heiberg, M. (1989). The Making of the Basque Nation. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hemen Elkartea. (s.f.). Hemen Elkartea; Historique. Obtenido de Hemen Elkartea: <http://hemen-herrikoa.org/hemen/>
- Itçaina, X. (2005). L'identité au travail. Economie sociale et solidaire et mouvement identitaire en Pays Basque C. Communication ISTR-EMES. Paris: CNAM.



- Itçaina, X. (2007). Des entreprises politiques? Les SCOP dans l'espace publique basque. En J. Palard, X. Itçaina, & S. Ségas, Régimes territoriaux et développement économique (págs. 67-82). Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Itçaina, X. (2010). Les régimnes territoriaux de l'Économie Sociales et Solidaire: Les cas du Pays Basque français. Géographie, économie, société, 12, 71-87.
- Kasmir, S. (1999). El mito de Mondragón (Cooperativas, política y clase trabajadora en una ciudad del País Vasco) (1ª ed.). Tafalla: Txalaparta.
- Kasmir, S. (2002). "More Basque tan You" Class, Youth and Identity in an Industrial Basque Town. (T. & Francis, Ed.) Identities: Global Studies in Culture and Power(9), 39-68.
- KONFEKOOP. (2022). Konfekoop. Obtenido de ¿Quiénes Somos?: <https://konfekoop.coop/quienes-somos/>
- Lertxundi, J. (2002). La tecnocracia en MCC, el Opus Dei y el PNV: (la historia jamás contada) (1ª ed., Vol. VII). Donostia: Basandere Argitalextea.
- Roussell, C., & Albóniga, N. (1994). Historia de las cooperativas de consumo vascas. Euskadiko Kontsumo Kooperatiben Federazioa/ Conferación de Cooperativas de Consumo de Euskadi.
- Saéz, J. (1978). Cooperativas de consumo y economatossu situación en el mercado a comienzos de 1976 : breve análisis estadístico. Estudios cooperativos(44), 33-54.
- Uriarte , L., & Ortega, I. (2015). Retos y dilemas del Cooperativismo de Mondragón. Tras la Caída de Fagor Electrodomésticos. (Lanki, Ed.) Cuadernos de Lanki(10), 1-45.
- Yoldi, A. (1916). Movimiento Social Agrario en Navarra. Semana Social de España: Sexto Curso.